

C A R T A A L O S A M I G O S D E P R I M

Queridos amigos:

Otra vez quiero comunicarme con vosotros. Al escribiros estas letras voy repasando vuestros rostros y me imagino que estoy hablando con cada uno, como lo hemos hecho durante tantos años en nuestra casa de la calle Prim. Para mí es un ejercicio revitalizador y que me hace remotivar mi razón de ser como cristiano y como sacerdote.

El impulso a ponerme a escribir me lo ha brindado una conversación que he tenido hace unos días con una persona a quien yo quiero mucho y que está relacionada con Prim por múltiples lazos familiares. Nos enrollamos por teléfono y entre las cosas de que hablamos se me quedó grabada una frase que se le deslizó y a la que yo entonces no le presté mucha atención. Sin embargo, durante algunos días la frase me seguía golpeteando insistentemente:

"En tu última carta se notaba un transfondo de profunda tristeza en relación a Prim".

Es curioso, la frase que me seguía hurgando en mi interior no me empujó a releer mi carta anterior, para verificar si efectivamente en ella se podía descubrir este transfondo de tristeza, sino que me impulsó directamente a reflexionar si a lo largo de mi vida ha habido siempre un trasunto de nostalgia y de tristeza. Recuerdo que hace tiempo, Enrique Fombella me había dicho algo parecido. Poco a poco he ido descubriendo que, efectivamente, esto ha sido así, especialmente desde que soy sacerdote. Últimamente he visto nítidamente que tenía que ser así, si me sumerjo en la realidad existencial de sacerdote educador en la que Dios ha querido colocarme.

El sacerdote educador, especialmente de gente joven, no tiene más remedio que estar lleno de lo que los antiguos llamaban "eros paedagogicus", el amor educativo, que junto a lo que los cristianos llaman "caridad o amor pastoral" es algo que también está presente, a su modo, en los padres y en los verdaderos amantes. Es amar a una persona no

solamente por lo que de hecho es, sino por lo que puede y debe ser. Es un amor que trasciende la complacencia en las cualidades presentes, que intuye todo un horizonte de posibilidades que esa persona puede y está llamada a realizar, y por el mismo amor que se le tiene, se siente también llamado a luchar y a actuar para ayudar a la persona querida a realizar esas posibilidades. Es sentirse solidario y responsable de la vocación del otro. El sacerdote educador de jóvenes, -como todo educador- tiene que descubrir la cruz que acompaña a toda acción educativa. Tiene que estar dispuesto a soportar la incomprensión, la desilusión, la ingratitud, -sólo un leproso samaritano se volvió- a dar las gracias a Jesús, de los diez que había sanado-. Tiene que saber que le espera lo que los psicólogos llaman el "asesinato del padre", tiene que estar dispuesto a trabajar de modo aparentemente infructuoso, para poder ver una pequeña muestra de éxito. Los sacerdotes, junto a los padres y educadores, tienen que terminar su vida haciendo un acto de ofrenda silenciosa a un amor no siempre correspondido. Pero es que así tiene que ser el verdadero amor: dar todo lo que se es y se tiene sin esperar recompensa. Es la "noche del espíritu", donde el amor y la fe se manifiestan en toda su desnudez. Pero hay otra razón por la que en todo amor educativo siempre late esa profunda tristeza y añoranza. Entre lo que se entrevió y que sirvió de aliciente e ilusión en la acción educativa y los resultados visibles hay una distancia tal que asalta la tentación lógica: "¿valía la pena tal esfuerzo, tantas energías, tanta ilusión Y tanto tiempo para tan escaso resultado?" Si- a pesar de sentir esta tentación y experimentar la tristeza y la añoranza de lo que nunca llegó a conseguirse, se sigue diciendo que, a pesar de todo, se estaría dispuesto a comenzar de nuevo, sin importarle los resultados, esta sería la actitud realmente heroica. Amor y pragmatismo son irreconciliables. El pragmatista jamás podrá amar de verdad.

Y toda esta reflexión nos conduce a otra no menos trágica en el momento actual en relación a la juventud. Alimentamos a los niños y a los jóvenes, les adiestramos a valerse en la sociedad, les informamos y preparamos para ejercer una profesión, les capacitamos para defenderse de sus competidores, les enseñamos a saber disfrutar de la vida, pero no les educamos para ser personas, a pensar, a dialogar, a amar y desarrollar sus posibilidades

espirituales. Esto último no puede enseñarse sin el trabajo de unos educadores que estén dispuestos a dejar su vida en la brecha. Es lo que estamos llamados a realizar los que de diverso modo ostentamos alguna paternidad de espíritu. Esta ha sido la labor callada de nuestra comunidad de Prim y es lo que estáis haciendo en estos momentos la mayoría de vosotros.

Pero esta acción transformadora de personas, a pesar de su faceta laboriosa, ha sido al mismo tiempo una experiencia maravillosa de muchos años que al recordarla nos llena de gozo. Es haber podido vivir la amistad y la fraternidad en una opción común por unos ideales que daban sentido a nuestra vida.

Y entre estas experiencias comunes yo quisiera evocar aquellas convivencias en las que vivimos comunitariamente la Pascua. Yo os puedo decir que jamás olvidaré la profundidad y la sinceridad de aquellas manifestaciones de espíritu juvenil en las que se cimentó nuestra fe cristiana. La evocación de estas experiencias puede servirnos para confirmar y revitalizar nuestra fe. Recuerdo aquellas liturgias de Jueves Santo. Sumergidos en nuestras reflexiones sobre el amor. Cada año se nos descubrían nuevas perspectivas del misterio del amor. Desde el amor que Dios nos tiene, infinito, generoso, sobreabundante, en el cual nacemos y vivimos como sumergidos en un océano, hasta el amor encarnado, concreto, de Cristo que se nos da en la Eucaristía y que se manifiesta en el amor de los hermanos, de los amigos, de los sacerdotes. Creo que, a pesar de nuestra mediocridad, entonces vislumbramos todo el horizonte de exigencias del amor cristiano. Reconozco que fue para nosotros una "gran faena" la que se nos hizo, pues ya no tenemos excusas. Tenemos bien claro lo que estamos llamados a ser en la vida.

Para mí recordar el gesto del lavatorio de pies rodeado de vosotros es la síntesis de todo lo que hemos hablado del amor durante tantos años.

La renovación de mis promesas sacerdotales ante vosotros puedo decir que tenían una concretez lacerante. Yo no me sentía un sacerdote "en abstracto", sino ante vosotros, como signo de los que me encontraría en mi vida

concreta. Recuerdo que vuestras miradas me exigían que fuera sincero con toda mi alma.

Mi recuerdo del Viernes Santo en nuestras convivencias va asociado a nuestras experiencias comunes de dolor vinculado a la muerte de personas a quienes hemos querido muy profundamente en nuestra vida. Aquellas muertes nos mostraron lo entrañable que era el amor que tuvimos y tenemos a aquellas personas.

La reflexión sobre la muerte y el sufrimiento de Cristo nos inmunizó contra la actitud narcisista e infantil de ver la vida solamente como disfrute. La verdadera felicidad entendida como realización de ser persona en la apertura, la entrega, la donación manifestada en el sufrimiento y la muerte. En los momentos de nuestros sufrimientos podíamos descubrir la calidad de nuestro amor.

Pero el sufrimiento de Cristo no es solo el sufrimiento histórico de Jesús de Nazaret, sino el de todos los hombres en los cuales está presente el Cristo, hijo de Dios vivo. Si desde estas reflexiones nuestra actitud frente al dolor ajeno es de compasión solidaria no solamente afectiva y sentimental, sino efectiva, entonces la sangre de Cristo no se derramó en vano.

Después de acompañar a la Virgen María en el silencio de nuestros sábados la preparación y la celebración de nuestra Vigilia Pascual es algo que para nosotros tiene un valor imborrable. Las lecturas, la música, todos los signos tenían en aquellas celebraciones tan sencillas una profundidad y una sinceridad que nos desbordaban. Allí experimentábamos que se nos daba mucho más de lo que ofrecíamos nosotros. Nuestra respuesta de fe tenía el candor e ingenuidad de los niños. Podemos decir que entonces, al menos, fuimos sinceros y honestos. Y todo esto, amigos, lo he querido evocar ante vosotros para que sea una confirmación de mis actitudes en presencia de vosotros y una invitación a renovar aquellas opciones que constituyen la esencia de nuestro ser cristiano. Tanto vosotros como Yo estamos obligados a la fidelidad. Ante tanto don recibido no podemos ser traidores, aunque tengamos que reconocer que la fidelidad es un don que supera nuestras fuerzas humanas.

Yo quisiera gritar ante vosotros el anuncio de la Resurrección de Cristo que está junto a Dios, triunfante y glorioso y que sigue estando a nuestro lado en el silencio y en el sufrimiento. Yo os quiero enviar con toda mi alma mi felicitación pascual que consiste en desearos toda la plenitud de todo lo que hemos vivido y de lo que hemos hablado durante los años de vida en la comunidad de Prim. Esta pequeña y pobre comunidad ha querido ser siempre una familia espiritual de la que formamos parte los que mantenemos como un tesoro todo lo que el Señor nos ha regalado. Y esto se nos ha dado para que lo hagamos presente en medio del mundo en nuestra familia, en nuestro trabajo, donde Dios nos ha colocado.

Yo os pediría que en este tiempo pascual todos los grupos más homogéneos tuvierais algún encuentro para compartir nuestra fe y nuestro amor común, como necesidad y exigencia de nuestro espíritu. Cristo prometió su presencia en estos encuentros en su nombre.

Lo maravilloso de nuestra amistad cristiana es que cuando nos recordamos o nos encontramos no necesitamos ya muchas palabras, -ya hemos compartido bastantes- nos basta la sencilla presencia desde la que nos miramos con amor sincero.

Ya sabéis que todos los días estais presentes con vuestras necesidades e intenciones en mis oraciones y en mi Eucaristía. Os deseo con toda mi alma que la luz pascual de Cristo os llene de felicidad a vosotros y a los vuestros.

Un abrazo cariñoso,

Paco

8-abril-1996